

robin kowalski - susan limber - patricia agatston

Cyber Bullying

el acoso escolar en la era digital



Desclée De Brouwer

Índice

Prólogo	11
Prefacio	15
Capítulo 1 • Introducción	21
Capítulo 2 • Formas tradicionales de acoso entre niños y adolescentes	43
Capítulo 3 • ¿Qué es el acoso cibernético?	79
Capítulo 4 • Estado actual de la investigación sobre el acoso cibernético	119
Capítulo 5 • Qué pueden hacer los padres	151
Capítulo 6 • Qué pueden hacer los profesores	199
Capítulo 7 • Normativa legal y políticas específicas ...	243
Capítulo 8 • Conclusión	283
Bibliografía	297

Prólogo

El 7 de octubre de 2003 será siempre el día que marcará un antes y un después en mi vida. Antes de aquel día mi hijo Ryan estaba vivo. Era un chico dulce, amable y larguirucho de 13 años de edad, adentrándose desmañadamente en los comienzos de la adolescencia, y tratando de encontrar su lugar en el tan a menudo desconcertante y difícil mundo de las relaciones sociales en los primeros años de instituto [primer ciclo de secundaria].* Después de aquel día, mi hijo desaparecería para siempre. Muerte por suicidio. “Bullycidio” o incluso “ciberbullycidio”, sugieren denominarlo algunos. Yo lo llamo simplemente un agujero enorme en el corazón, que jamás se cerrará.

La vida del joven Ryan incluía natación, acampadas, monopatín, bicicleta, snowboard, juegos de ordenador y mensajes instantáneos por la red. La típica serie de actividades adolescentes “sanas” y “normales”... o eso parecía. A mi hijo le encantaba encender el ordenador, pasarse un rato conectado con los amigos después de las clases y a lo largo del verano. Pero durante el verano de 2003 empezó a pasar más tiempo delante del ordenador, principalmente con los mensajes instantáneos. Me preocupé y me sentí obligado a recordarle nuestras normas de seguridad para el uso de internet:

* *N. del T.*: *Middle school* en el original inglés, lo que dentro del sistema educativo estadounidense correspondería a los tres primeros años de enseñanza media [cursos 7º a 9º, de los 11 a los 13 años de edad], por contraste con los tres años restantes [cursos 10º a 12º, de los 14 a los 16 años], que conforman la enseñanza media superior [segundo ciclo] o *high school* propiamente dicha [el instituto].

Nada de mensajearse ni de chatear con desconocidos.

No dar ninguna información personal (nombre/dirección/teléfono) a desconocidos.

No enviar fotos a desconocidos.

Nada de contraseñas secretas.

La última norma era por seguridad. Les dije a mis dos hijos mayores que tenían que utilizar la clave de acceso que yo les diera para cualquier cuenta online que abrieran. Les prometí que no leería sus mensajes personales ni se me ocurriría espiarles, pero: “No quiera Dios que os saltéis las otras normas y desaparezcáis un día de estos. Necesitaré acceder inmediatamente a todo lo que hayáis estado haciendo a través del ordenador”. Jamás en toda mi vida me imaginé que esta norma acabaría convirtiéndose en la clave para desvelar el misterio de por qué mi hijo se quitó la vida.

Unos días después del entierro, entré en su cuenta de mensajería instantánea, porque este era el lugar en el que se había pasado la mayor parte del tiempo los últimos meses. Entré para ver si había alguna pista que pudiera explicar lo último que mi hijo había hecho en la vida. Fue en este mundo virtual seguro que permite un cierto anonimato donde varios de sus compañeros me hablaron del hostigamiento y del ciberacoso que había estado teniendo lugar durante los meses que precedieron al suicidio. Un chico llevaba hostigando a mi hijo desde 5º, y durante un período breve se hicieron amigos después de que Ryan le plantara cara en una pelea que hubo en el colegio. Dejándose llevar por su lado más teatrero, mi hijo compartió una anécdota un tanto embarazosa y humorística con su nuevo amigo. El “amigo” tergiversó esta información y la convirtió en el rumor de que Ryan había intentado propasarse con él y que, por tanto, debía ser “gay”. El rumor y las burlas prosiguieron aquel mismo día después de las clases... bien entrada ya la noche y durante todo el verano de 2003. Mi hijo contactó por internet con una chica guapa y “popular” del colegio, y trató de entablar una relación con ella, sin duda como una forma supuestamente infalible de acallar el rumor de que era “gay”.

Cuando empezaron otra vez las clases de 8º, mi hijo abordó en persona a su nueva novia. Estoy seguro de que jamás se pudo imaginar lo que sucedería a continuación. Delante de todos sus amigos, la chica le soltó a Ryan que era un fracasado y que no quería saber nada de él. Dijo que únicamente había estado jugando con él por la red. Mi hijo se enteró de que la chica y sus amigos habían pensado que sería divertido hacerle creer que a ella le gustaba él, y así lograr que desvelara montones de cosas personales y comprometidas. La chica copió y pegó sus IMs privados convirtiéndolos en IMs a sus amigos. Todos se rieron de lo lindo a costa de Ryan.

Mi hijo no ha sido desde luego el primer chico en la historia en ser humillado y sufrir el rechazo de una chica guapa. Pero cuando descubrí la existencia de un archivo lleno de IMs y más tarde hablé con sus compañeros de clase, me di cuenta de que en este caso la tecnología había sido utilizada como un arma mucho más potente y de más largo alcance que los sencillos recursos que nosotros teníamos de niños.

Una cosa es que te hostiguen y te humillen delante de unos cuantos compañeros. Una cosa es sentirse rechazado y herido por una chica. Pero debe ser una experiencia totalmente diferente, comparado con una generación atrás, que este mismo desengaño y humillación sean presenciados por una audiencia adolescente virtual mucho más amplia. Estoy convencido de que mi hijo habría sobrevivido a estos incidentes de hostigamiento y de vejación si hubieran tenido lugar antes de la aparición de los ordenadores y de internet. Pero también estoy convencido de que pocos de nosotros habríamos tenido la resistencia y el aguante necesarios para soportar un ataque tan nuclear a nuestros sentimientos y a nuestra reputación al comienzo de la adolescencia, en medio de toda una serie de cambios vertiginosos, físicos y emocionales, y de la virulencia de las oleadas hormonales. Estoy convencido de que la crueldad social ejercida a través de las nuevas tecnologías tiene el efecto de acelerar y de amplificar las heridas a unos niveles que probablemente se traducirán en una elevación del porcentaje de suicidios entre los jóvenes. Las estadísticas más recientes señalan que, de hecho, el suicidio entre los adolescentes está volviendo a aumentar después de llevar muchos años descendiendo.

Mi hijo fue una de las primeras víctimas, y su muerte fue una advertencia anticipada a nuestra sociedad respecto de la conveniencia de prestar una atención más detenida al uso que le están dando nuestros hijos a las nuevas tecnologías. Necesitamos estudiar este nuevo problema social con una sensación de urgencia, pero también con un cuidado extremo. Tenemos igualmente que ser muy rápidos y muy conscientes con vistas a elaborar una legislación y una política social para proteger a los menores respecto del mal uso de las nuevas tecnologías, contra ellos y entre ellos.

Este libro demostrará ser un recurso inestimable. Primeramente, introduce al lector en el fenómeno del acoso escolar y sus efectos dañinos. A continuación, pasa a analizar las diferentes formas mediante las cuales las nuevas tecnologías se están utilizando progresivamente para propagar el fenómeno de la crueldad social a través del ciberespacio. Nos pone al tanto de los últimos hallazgos de investigación, y explica unas medidas preventivas y de actuación muy concretas, dirigidas a los padres y a los educadores.

John Halligan, Padre de Ryan
<http://www.RyanPatrickHalligan.org>

Prefacio

Decidimos escribir un libro sobre el acoso cibernético a raíz de trabajar juntas en diversos proyectos para la prevención del acoso escolar y dirigir algunas investigaciones preliminares sobre el acoso cibernético durante el transcurso de los últimos años. Un día nos tropezamos cara a cara con un ejemplo extremo de ciberacoso que tuvo lugar en un distrito académico del extrarradio. Patti Agatston todavía se acuerda de cuando llamó a Sue Limber hace dos años diciéndole: “Tienes que ver esta página web amenazando a una estudiante. La madre me ha pedido que le ayude a averiguar quién la ha puesto y hacer que la quiten, y no me puedo creer lo que estoy viendo”. A raíz de aquella conversación inicial, procedimos a dar los pasos necesarios para intervenir en un caso real de acoso cibernético grave, para lo cual contamos con la gran ayuda de los documentos online del Center for Safe and Responsible Internet Use [CSRIU], cuya autora es Nancy Willard. Después de aquella experiencia decisiva [una verdadera prueba de fuego], nos conocimos y hablamos de lo útil que podría ser entrevistar personalmente a los menores y a los padres, a través de grupos de discusión y de entrevistas individuales, para comprender mejor sus experiencias y sus perspectivas. Nos dimos cuenta de que las encuestas de papel y lápiz se quedaban cortas a la hora de captar el impacto emocional que ejerce en los padres y en los menores esta nueva forma de acoso escolar. Nos vino a la mente una idea de más envergadura: escribir un libro exponiendo nuestros hallazgos, que incluyera datos de entrevistas reales con los estudiantes y con los padres.

Uno de los propósitos del libro es educar a los padres, a los profesores y a las organizaciones comunitarias en el problema creciente del ciberacoso. Pero otro de los objetivos es dotar a los adultos, dentro del seno de la comunidad, de los instrumentos necesarios para prevenir que esta nueva forma de acoso se convierta en una experiencia habitual para los jóvenes que utilizan internet y otras nuevas tecnologías. Muchos adultos y profesores se han encontrado también ellos en nuestra misma situación, viéndose obligados a recabar más información sobre el acoso cibernético en el momento en que era preciso intervenir. Esperamos que el libro ayude a los adultos a hacerse con el conocimiento y los instrumentos necesarios para poder ser una ayuda real para los jóvenes a la hora de prevenir y de actuar en los casos de ciberacoso, en lugar de que nos vean como un obstáculo o un estorbo, lo que por desgracia suele ser una percepción bastante frecuente entre los jóvenes, como tendremos ocasión de comprobar.

Robin Kowalski y Sue Limber, psicólogas y miembros del cuerpo docente de la universidad de Clemson [Carolina del Sur], llevan investigando el fenómeno del acoso cibernético a través de una serie de métodos desde hace varios años, y algunas de sus novedosas investigaciones se publican por primera vez en este libro. Además, Patti Agatston, psicóloga y orientadora psicopedagógica, colaboró con Robin y con Sue para elaborar cuestionarios individuales y grupales con objeto de aplicarlos durante las entrevistas con los padres y con los estudiantes a propósito del fenómeno del acoso cibernético. Patti trabajó junto con su colega Michael Carpenter para llevar una serie de grupos de discusión durante la primavera y el otoño de 2006. Michael Carpenter fue uno de los primeros formadores acreditados a nivel nacional en el Programa Olweus para la Prevención del Acoso Escolar, y uno de los fundadores del Centro de Prevención y Actuación, que es el programa de ayuda al estudiante, reconocido a nivel nacional, correspondiente al distrito académico del condado de Cobb [Georgia], donde también trabaja Patti Agatston. Patti dirigió el grupo de discusión de mujeres, mientras que Michael llevó los grupos de discusión de hombres. Además, Patti hizo una serie de entrevistas individuales con padres y con estudiantes procedentes de diversos centros de primer y de segundo ciclo de secundaria pertenecientes al distrito acadé-

mico seleccionado, que estaban dispuestos de buen grado a ser entrevistados para hablar de sus experiencias de acoso electrónico. El lector tendrá la oportunidad de enterarse de primera mano de lo que dijeron algunos de los padres y de los estudiantes que fueron entrevistados para la redacción de este libro.

Mencionaremos algunas sugerencias y recomendaciones que se desprenden de la investigación y de las entrevistas realizadas. Esperamos que al lector le resulte más fiable saber que estas recomendaciones están hechas sobre la base de una investigación que ha incluido a padres e hijos comprometidos en un diálogo real, además de los métodos tradicionales de encuesta. También somos conscientes de que surgirán nuevas tecnologías que brindarán nuevas posibilidades de acoso escolar, las cuales requerirán un diálogo continuado con los padres y los jóvenes para ayudarles a comprender las situaciones novedosas que ello pueda generar. El reto consiste en incorporar estas nuevas tecnologías de una forma que permita aumentar la calidad de nuestra vida cotidiana, en lugar de restarle valor.

Son muchas las personas que han contribuido a la redacción de este libro y la realización de la investigación, y a las que les manifestamos nuestra más sentida gratitud. Primeramente, queremos dar las gracias a una serie de autoridades [directores de centros de enseñanza] del distrito académico del condado de Cobb, que hicieron posible la experiencia de los grupos de discusión y las entrevistas individuales, entre las cuales están Linda Clark, William Griggers, Susan Gunderman, Denise Magee, Janet Peeler, Geraldine Ray, Ivía Redmond, Grant Rivera y James Snell. Gracias especialmente a los siguientes orientadores psicopedagógicos por hacer mucho más de lo que les correspondía para facilitar nuestra labor: Yvonne Young, Colleen Brown, y Susan Strickland, así como al educador para la salud [*health teacher*] Eric Homansky. Gracias también al personal del Centro de Prevención y Actuación –Jeff Inman, Jeff Dess, Luisa Resendiz, Joyce Hutchings, Janice Mosher, y Michael Carpenter– que nos ofrecieron ánimos, apoyo, y un lugar donde poder guardar unos datos muy delicados. Rebecca Alley, de la universidad de Clemson, nos brindó una ayuda inestimable con la investigación y

el análisis de los aspectos legales del fenómeno. Muchos estudiantes de la universidad de Clemson dedicaron mucho tiempo y energías a recoger, almacenar y analizar datos: Lindsey Sporrer, Erin Hunter, Richard Reams, Karissa Chorbajian, Kristy Kelso, Natalie Irby, Angela Gorney, Amy Scheck, Ryan Cook, Melissa Redfearn, Jessica Allen, Ann-Mac Calloway, Melinda Keith, Stephanie Kerr, Laura Singer, Jana Spearman, Lance Tripp, Jessica Farris, Kelly Finnegan, y Laura Vernon. Les estamos muy agradecidas por su ayuda.

También nos gustaría dar las gracias a Christine Cardone y Sarah Coleman, de Wiley-Blackwell [grupo editorial y base de datos], por apoyar este proyecto y por sus ánimos a lo largo de todo el proceso. Estamos en deuda con ellos y con el personal de Wiley-Blackwell por su apoyo.

Gracias a los muchos compañeros de trabajo, amigos y familiares, que nos apoyaron ofreciéndonos ánimos, sugerencias, y leyendo y haciendo observaciones a nuestro trabajo, entre los cuales figuran Andrew Agatston, Robert Agatston, Teresa Hubbard, Rachel Galli, Frank y Kathy Walton, y Randolph y Frances Kowalski.

Finalmente, gracias a nuestros hijos, Austin, Jack, Mary, Noah, y Jordan, que nos mueven a creer que todos los jóvenes tienen el derecho de sentirse libres de cualquier forma de acoso, tanto en el mundo real como en el mundo virtual.



Source: © Milt Priggee, 2007

1

Introducción

Lo que hace que el acoso electrónico sea tan peligroso... es que cualquiera puede hacerlo sin necesidad de tener que enfrentarse a la víctima. No hace falta ser fuerte ni rápido, basta con tener un teléfono móvil o un ordenador, y ganas de aterrorizar.

(King, 2006)

El acoso escolar deja unos recuerdos que con frecuencia se prolongan durante toda la vida. El solo hecho de oír el nombre de una persona que les acosó, incluso años o décadas después, puede bastar para que muchas personas sientan escalofríos. Cuando la mayoría de nosotros pensamos en el acoso escolar, nos viene a la mente la imagen del grandullón que aterrorizaba a los niños en el patio del colegio. Habitualmente era un chico, y era digno de temer. Por horrible que pudiera ser encontrarse con este matón¹, sin embargo, el final de la jornada escolar solía ofrecer un respiro, una vez que la víctima salía del colegio y volvía a su casa.

1. Allí donde sea posible, a lo largo del libro hemos tratado de evitar referirnos a un menor de edad como un “matón” o una “víctima”. Pensamos que es crucial no etiquetar a los menores de “matones” ni de “víctimas”, ni de ninguna otra forma que implique que el hecho de acosar o de ser acosado [hostigado, intimidado, vejado, etc.] constituye una característica indeleble (lo que a su vez puede ser muy perjudicial tratándose de un menor). En lugar de ello, hablaremos del “menor que acosa” o del “menor que es acosado”, y nos centraremos en las conductas de acoso entre los menores, y no tanto en su estado o condición. Cuando esta forma de hablar se haga demasiado pesada, utilizaremos ocasionalmente los calificativos de “matón” y de “víctima”. Esperemos que en estos casos excepcionales, el lector comprenderá cuál es nuestro propósito.